

MAURICIO BEUCHOT, *Hechos e interpretaciones. Hacia una hermenéutica analógica*, México, Fondo de cultura económica, 2016.

¿Cuál es el sentido de lo humano? ¿Cómo hacer para que volver a mirar hacia adentro sea una rica experiencia de resignificación en un siglo XXI nihilizado? ¿Qué rol tiene la filosofía en este panorama? Quizás con estas preguntas pueda adentrarse uno al libro que Mauricio Beuchot nos ofrece, en el cual despliega todo un recorrido de la filosofía como hermenéutica que tiene como punto de llegada a la hermenéutica analógica como perspectiva que él abraza, defiende y promueve.

En esta línea, si bien el mexicano parte de una contextualización en torno a la disciplina, el propósito del libro es repensar el sentido propio de lo humano a la luz de lo que el siglo XXI nos depara, en el arrastre que vienen haciendo tanto el siglo XX como el XIX en occidente. La pregunta por el ser de lo humano y su rol en el cosmos, es contestada con toda una fundamentación que parte de una hermenéutica filosófica y desde esta con una perspectiva que recoge el carácter analógico tomado de Aristóteles como virtud frónética, es decir, como prudencia, equilibrio y proporción.

Frente al debate aporético entre las posiciones del univocismo y el equivocismo en la filosofía actual, la hermenéutica analógica intenta ser la salida del laberinto que permitiría volver a reencaminar a lo humano para superar el nihilismo ontológico-antropológico que está instalado como espíritu de época y que el debate realismo-relativismo refleja claramente en el campo disciplinar de la filosofía. Es indudable el carácter interpretativo de lo humano y por eso el esfuerzo por superar las taras a las que lleva la disputa realismo-relativismo en la que está la filosofía actual a partir de proponer una tercera posición, pero que no es síntesis dialéctica de los elementos de la disputa, sino más bien, alternativa a la misma. Como alternativa, entonces, la hermenéutica

basada en la analogía como frónesis se ofrece como reinterpretación del sentido de lo humano y su rol en el cosmos a la luz de una metáfora de gran impacto interpretativo como lo es la del humano como microcosmos. Con ella se desandan y reandan las preguntas genuinamente filosóficas, pero no abstraídas de un plexo de relaciones con varias disciplinas que son fundamentales para entender a lo humano en su genuina condición.

Historia, Derecho, Política, Ética, Antropología filosófica, Ontología y Metafísica se entrecruzan desde la analogía y esto es posible por una propuesta hermenéutica que sirva para redescribir los horizontes y límites abiertos de la filosofía. El autor se inclina por pensar la hermenéutica con pertenencia a las humanidades y orientada hacia ellas mismas para la producción de conocimiento en el seno de esas mismas disciplinas. La hermenéutica se ofrece como marco-perspectiva.

Haciendo un recorrido histórico-conceptual de la hermenéutica en tanto disciplina específica y a la vez como filosofía propiamente dicha para poder enmarcar su propuesta; a saber: la de una hermenéutica analógica, el primer capítulo ofrece algunas razones para mostrar la necesidad de dicha propuesta, que logre un "justo medio" para salvarla de posturas rígidas o de posiciones muy relativistas. Para ello la frónesis aristotélica resulta un buen marco para tal empresa que sirva de mediación entre ambas posturas.

La hermenéutica desde esta caracterización viene a ser entendida como un instrumento conceptual útil para las humanidades y la filosofía. Beuchot hace mención a una crisis que se está atravesando en relación a este ámbito disciplinar resultado de una oposición casi irresoluble entre las perspectivas univocistas positivistas de la hermenéutica y su reacción equivocista de parte de las hermenéuticas relativistas que conducen a un escepticismo creciente.

Frente a una enunciación que dice "Solo hay hechos" y otra que postula "Solo hay interpretaciones" Beuchot ofrece "Hay hechos interpretados" como el intersticio que admite una proporción entre estos dos polos, tomando la rigurosidad del univocismo en su proceder como ideal regulativo y la apertura que abre el equivocismo como condición de finitud de la verdad ya no cerrada y por ende siempre revisable y mejorable.

En el segundo capítulo, nuestro autor nos ofrece el marco general del estado actual de la crisis hermenéutica en la que las posturas extremas del univocismo y el equivocismo han llevado a un estado aporético. Del mismo se puede salir mediante una propuesta que se direcciona hacia otro lugar. Este lugar sería posible rescatando lo que el razonamiento analógico puede ofrecer y así fomentar una interpretación que mediaría entre ambos extremos.

La propuesta del autor es articular la analogía de corte aristotélica en tanto frónesis con la Hermenéutica. Por eso muestra básicamente qué es lo que entiende por hermenéutica haciendo un

recorrido por diferentes filósofos que la asumieron como modo de ser de la filosofía (Heidegger-Gadamer) y como método en sentido amplio (Ricoeur). La analogía como medio entre el término unívoco y el equívoco es la posibilidad de sintetizar esos polos, pero no al modo dialéctico clásico, más bien una síntesis tensa entendida esta como en estado de abierto. Un término análogo es aquel que contiene un significado que puede decirse de maneras diversas. Analogía remite a proporción.

La frónesis como el sentido de la proporción es la que se da en la *areté* fundamental de la ética aristotélica: la prudencia. Las virtudes en este marco son fruto de la ejercitación y son el punto medio de dos extremos. Por eso es la analogía una categoría fundamental para aplicar a una hermenéutica que está en una tensión aporética entre dos polos inconmensurables. La analogía contiene una racionalidad contextual, es decir, se tiene en cuenta la situación concreta en la que se debe aplicar. Es interesante la relación que puede hacerse entre este carácter dialéctico y su carácter ético como el sentido de proporción que encierra en la frónesis toda su potencialidad operante.

En el tercer capítulo, Beuchot nos muestra la potencialidad de la hermenéutica analógica que radica en la conmensuración de varias interpretaciones que puedan darse sobre un texto, sin dejar de contemplar un rasgo común en todas. Eso se relaciona con la posibilidad de jerarquizar interpretaciones de modo que pueda establecerse una gradación interpretativa que va tomando de un tema principal, temas subsidiarios y con ello interpretaciones en ese mismo orden de gradación. Dicha gradación no se agota, sino simplemente aparece una interpretación como más completa y adecuada pero no cerrada. Solo puede decirse que hasta el momento lo que hay es una interpretación más completa que otras, pero con posibilidad de ampliarse en el futuro.

Una aplicación que el autor destaca de esta intencionalidad analógica de la hermenéutica tomada de Gadamer se da en los estudios culturales que fomentan la interculturalidad bajo la forma de diálogo como la vía proporcional y proporcionada para no caer en discursos relativistas, multiculturalistas o discursos cerrados y universalistas.

La propuesta del autor consiste en buscar a través del pensamiento analógico invariantes humanas. Estas serían las condiciones que se mantienen a pesar de las diferencias que se destacan en las identidades por ejemplo culturales. El abordaje de la interpretación del símbolo es lo que permite sostener la tesis de las invariantes humanas y con ella salvaguardar por ejemplo la idea de Derechos Humanos que son de carácter universal. La interpretación del símbolo hace posible el diálogo intercultural y con esta posibilidad real, se puede entonces fomentar una ontología de la persona a la vez que una política filosófica que frónéticamente se pueda dar un marco en el que el liberalismo vaya mancomunado con una férrea defensa de los Derechos Humanos atendiendo a un pluralismo cultural analógico en el marco de

una democracia. El pensamiento analógico permite ver al otro como semejante.

Siguiendo a Peirce con la noción de terceridad, Beuchot ve que la distinción que ofrece esta noción resulta importante para evitar el dilema, es decir, el pensamiento dicotómico que obtura la comprensión. La distinción posibilita la emergencia de una tercera interpretación frente al dilema.

Apertura sin fragmentación y exactitud sin rigidez es el lema que puede sintetizar la propuesta analógica del autor. Entre la ciencia y las humanidades: la Hermenéutica analógica como esa vía mediadora que habilita el diálogo entre ambos polos.

El capítulo cuatro aborda la cuestión filosófica de la antropología desde el punto de vista del pensamiento analógico. Partiendo de la noción de intencionalidad como algo característico en lo humano, se define a lo humano mismo como un nudo de intencionalidades analógicas ya que a lo que tiende lo humano es a lo diferente. La tendencia como intencionalidad a la alteridad es lo que según el autor habilita la posibilidad de hallar lo común.

La antropología propuesta desde la hermenéutica analógica consiste en articular el naturalismo con el simbologismo desde la metáfora analógica de hombre como micromundo y mundo como libro. Así se hace patente el sesgo eminentemente hermenéutico de estas metáforas y la apertura de lo simbólico al mundo. Leer al mundo y leer al hombre se vuelven actos de experiencias hermenéuticas por antonomasia. La vida como viaje es otra rica y fecunda metáfora para pensar al hombre y su condición de caminante, como proyecto, como finito. Así la hermenéutica desde el pensamiento analógico resulta ser una orientación de sentido de lo humano en sus interpretaciones metafóricas.

El hombre como microcosmos es el elemento catalizador de ese carácter mimético-metafórico que es enlazado por la interpretación inherente a lo humano.

Lo humano es la intersección del ser en su aspecto ontológico y en sus derivaciones ónticas, Por eso necesita de la hermenéutica analógica para facultarse, a sí mismo como esa mediación.

El capítulo cinco relaciona Historia y Hermenéutica en un intento de tomar por un lado al texto histórico como un signo y por el otro, tomar la acción significativa como un texto, para de esa manera contener los dos elementos entendidos, el primero como referencia y el segundo como sentido. Lo que cabe a la interpretación es dirigirse en ambas direcciones y eso es posible desde la perspectiva analógica. La referencia permite el abordaje ontológico-epistemológico y el sentido la comprensión en su direccionalidad-teleológica pero no determinada *a priori*. Es con la analogía que es posible un abordaje de la historia poniendo en relación los tiempos históricos en los que el pasado es abordado para

comprender el actual presente y a la vez interpretar un estado futuro como proyección de sentido.

La visión analógica- fronética de la historia que propone nuestro autor nos muestra la posibilidad de asociar el sujeto histórico a la colectividad, y en ese caso considerar como sujeto agente a la persona común como un hacedor de historia y perteneciente a la historia que padece. Esto es una apuesta para poner en voz la historia contada ya no por los vencedores sino por los vencidos.

Interpretar el pasado como símbolo del porvenir es una propuesta de la hermenéutica analógica que el mexicano nos trae como alternativa para enriquecer la apertura de sentido característica de las perspectivas gadameriana y ricoeuriana de la historia.

La mediación entre la literalidad y la alegoricidad es la analogía. En efecto el razonamiento analógico en la historia tomará en los hechos el rasgo literal y concreto del acontecimiento y la apertura de la alegoricidad como factor universal. Esta copertenencia de ambas características mediadas por la analogía pretende incorporar el sentido eudemónico de la ética aristotélica como orientación fundamental para la historia de la humanidad. Así la historia es la huella por la cual la humanidad y cada una de las personas pueden restablecer la copertenencia a ella en esa orientación hacia la intencionalidad teleológica que proyecta la búsqueda de la vida buena.

Microcosmos y macrocosmos en la historia es lo que se supone aquí como el proceder en el que lo que hacemos de manera individual lo pensamos analógicamente en lo social. Si buscamos un sentido en nuestra vida personal, así mismo lo hacemos respecto a lo social. Y quizás el movimiento de la búsqueda de sentido en lo personal sea también motivado por la orientación de sentido que proyecta a todas las sociedades a pensar la historia.

En materia de Ética en el capítulo seis aparece la idea del ser humano como un núcleo de intencionalidades en relación a la ética aristotélica como fruto del pensamiento analógico. En esa línea, la ética analógica seguida y de la mano con una interpretación antropológica de lo humano desmitifica la idea de falacia naturalista en materia de ética. En efecto, el mexicano sostiene que aquello a lo que se le dice falacia naturalista es lo que de hecho se hace y debe hacerse en relación a la eticidad inherente a lo humano. No hay modo de no poner en juego las dimensiones del ser y del deber ser en la ética. En torno a la superación de los programas éticos de occidente que desde el pensamiento analógico se sitúan a un lado de los polos (por ejemplo, Habermas con su ética del discurso basada en el consenso se ubicaría en el univocismo y Rorty con su propuesta ética del disenso en el polo del relativismo equivocista) nuestro autor pone en valor la idea del reconocimiento del otro en un marco de diálogo intercultural de las personas en lo que se menciona como consenso abierto.

Según Beuchot, la conciencia moral es interpretativa. Emite juicios en los que opera ya una interpretación. Pero debe escapar a los polos contradictorios e inconciliables del univocismo y equivocismo, por eso la senda de la frónesis es el camino a seguir. La formulación analógica del imperativo categórico es descripta de esta manera “se lo que te es proporcionado.” Con esta formulación vemos la impronta de seguir la frónesis como horizonte de acción ética en la que se muestra la relación de aquellos aspectos dados en lo humano, y de aquellos otros que son adquiridos. Aristotélicamente puede pensarse como la actualización de la potencia desplegándose en su telos.

La ética desde la hermenéutica analógica propone ser prescriptiva y va de la mano de una interpretación antropológica y política del sujeto humano para así poder analizar y proyectar el orden ético que le conviene a él. En línea con la ética dusseleniana Beuchot sostiene que la vida es el principio universal y el contenido de la ética que, como prescripción, debe aspirar a la defensa y al fomento de la vida como tal. El bien individual y el bien común son correlativos y por eso la relación entre libertad, obligación y responsabilidad es manifiestamente crucial.

Respecto a la aplicación de la hermenéutica analógica en la educación, el capítulo siete nos ofrece un argumento. En este sentido la educación analógica se orienta a la razón práctica con la finalidad de formar el criterio y el juicio relativo a la acción humana orientada por la frónesis. Esta dimensión es la teórica-cognoscitiva.

Como segunda orientación, la educación analógica promueve la recuperación de la dimensión afectiva en torno a los sentimientos y emociones. En este aspecto recupera la idea de la posibilidad de educar a las emociones y sentimientos. Esto está íntimamente relacionado con el espacio de apertura que debe guiar el proyecto humano.

La significatividad de la educación desde este enfoque viene dada en que la intencionalidad de la misma, debe estar orientada a la existencia humana en relación a un buen vivir que tiene por objeto la formación en virtudes además de la formación en valores. Este encauzamiento virtuoso-educativo es el que permitiría una educación en valores puesta en práctica concreta en las acciones humanas.

Educación en virtudes, epistémicas, éticas y afectivas es la propuesta para la formación del juicio, (teórico y práctico) como encauzamiento del hombre entendido como espejo del cosmos por un lado y como núcleo de intencionalidades. El fin de la pedagogía analógica es la orientación de la vida humana desde la comprensión de su sentido. En el capítulo ocho, Beuchot analiza las potencialidades de la analogía en el Derecho. Interpretación y proporción, prudencia y equidad, son las características fundamentales que puede aportar una hermenéutica analógica al Derecho.

La analogicidad en la jurisprudencia tiene una aplicabilidad y utilidad en tanto puede ser creadora de derecho al interpretar la ley de

modo tal que pueda llenar las lagunas y reducir la ambigüedad que la teoría deja. La hermenéutica analógica se orienta sobre la intención del legislador para respetarla y buscar su sentido. De antemano sabe que nunca se podrá alcanzar la literalidad de la intención del legislador, pero también sabe que la interpretación de la ley no puede reducirse a la subjetividad del intérprete. Entre estos dos extremos la analogía se orienta a la intencionalidad del legislador para poder hallar la proximidad más prudente y equitativa sobre lo que la ley trata.

En este sentido la hermenéutica analógica aplicada al derecho es mediación en la administración de justicia ya que frente a las diferentes posibilidades de resolver un caso se debe encontrar la más justa teniendo como principio razonable la voluntad constante de preservar a cada cual su derecho y en ese sentido se relaciona con la prudencia y la equidad.

La hermenéutica analógica en el plano de lo político se propone “des-totalizar los significados unívocos y re-totalizar los significados equívocos” (Beuchot, 114). Una posición entre el positivismo que totaliza y el posmodernismo que fragmenta. Esta postura se define como la permanencia de la identidad en la diferencia y el reconocimiento de la diferencia en la identidad. Conlleva a un compromiso con la interculturalidad.

La idea en relación con el posicionamiento intercultural es la de entender a la hermenéutica como una hermenéutica politizada para comprender la necesidad de no quedarse en la contemplación teórica y promover una praxis concreta de cambio a partir de la interpretación de los acontecimientos que aquejan en el mundo actual. La interpretación ya es un modo de acción que de ella puede desprenderse agenciamientos que logren dar un giro a la praxis transformadora.

La frónesis es prudencia individual (Ética) y prudencia colectiva (Política) pensada desde la idea de justicia y con una fuerte relación con la educación orientada a la formación del juicio basada en la prudencia. La hermenéutica analógica posibilita el diálogo intercultural que se da en el marco de los Derechos Humanos. En efecto, cómo interpretar prudentemente la interpretación que las culturas hacen de los Derechos Humanos es de interés capital para fomentar la cooperación para un mejoramiento en las condiciones humanas. “La analogía les da una parte de universalidad, por la que conservan su esencia, pero también otra parte de singularidad, por la que pueden cumplirse (los Derechos Humanos) de manera distinta.” (Beuchot, 118). Básicamente este es el planteo del capítulo nueve.

En el capítulo diez, la propuesta que nos trae Mauricio Beuchot, en torno a la ontología y la metafísica es la de abordar el realismo concatenado con la idea de verdad, desde un posicionamiento hermenéutico analógico que es básicamente el aporte que nuestro autor quiere dar para inyectar un aire nuevo y productivo a la novel filosofía del siglo XXI que viene arrastrando la aporía del litigio univocismo-

equivocismo. Este realismo analógico contempla las mediaciones culturales que lo constituyen y componen, pero eso no quiere decir que todo sea finalmente una interpretación infinita y más aún múltiples interpretaciones infinitas que conduzcan a un relativismo extremo donde ya nada vale o quizás todo vale.

El espíritu de época que diagnostica nuestro autor en el capítulo once esta impregnado de un nihilismo negativo y globalizado. Frente a esto, la hermenéutica analógica es vital en tiempos de nihilismo negativo y ello se debe a que ubica al ser humano en la dimensión de la contingencia, del devenir, y en el del ser posibilidad. Es el “entre” que habita entre “el mero ser y la mera nada.” La hermenéutica analógica al preguntarse por el sentido, se lanza de lleno a superar el clima nihilista que habita en la filosofía actual. Recuperar el sentido es su tarea fundamental para reencaminar la finitud humana de manera positiva. La vida importa. Aquí se renueva la pregunta por el sentido de lo humano y la analogía nos da un suelo fértil para que germine un reencauzamiento. Finalmente en este capítulo Beuchot resume esta crítica al nihilismo con una propuesta que denomina realismo analógico que condensa la perspectiva hermenéutica, analógica e icónica que permite partir de lo humano mismo para concordar entre el más acá con el más allá para hacer de lo humano la síntesis abierta, el equilibrio concordante en tensión que se da en la temporalidad en la que deviene el ser y de la que el devenir es ser. Este realismo analógico abraza la seguridad del mundo físico inmanente, pero sin prejuicios con lo trascendente que se manifiesta a partir de la interpretación analógica del lo humano como microcosmos. Así es como la monotonía del univocismo, y el sinsentido del equivocismo son superados. Del laberinto se sale por arriba y ese arriba es la analogía.

Podemos decir para concluir que el planteo del filósofo que nos ocupa tiene un enraizamiento profundo con la empatía, que debe ser la matriz para reconfigurar vínculos que van desde los sujetos con el entorno, al diálogo democrático entre las naciones. En un contexto mundial complejo y en el giro conservador que se está dando en nuestra América, las ideas, pensamientos y saberes que nos brinda Beuchot pueden ser fértiles para integrar la producción de conocimiento apelando a un empoderamiento y una emancipación que nos den la posibilidad de construir prácticas más sanas y a la altura de la digna condición humana.

Ignacio Gentile

Universidad Nacional del Comahue